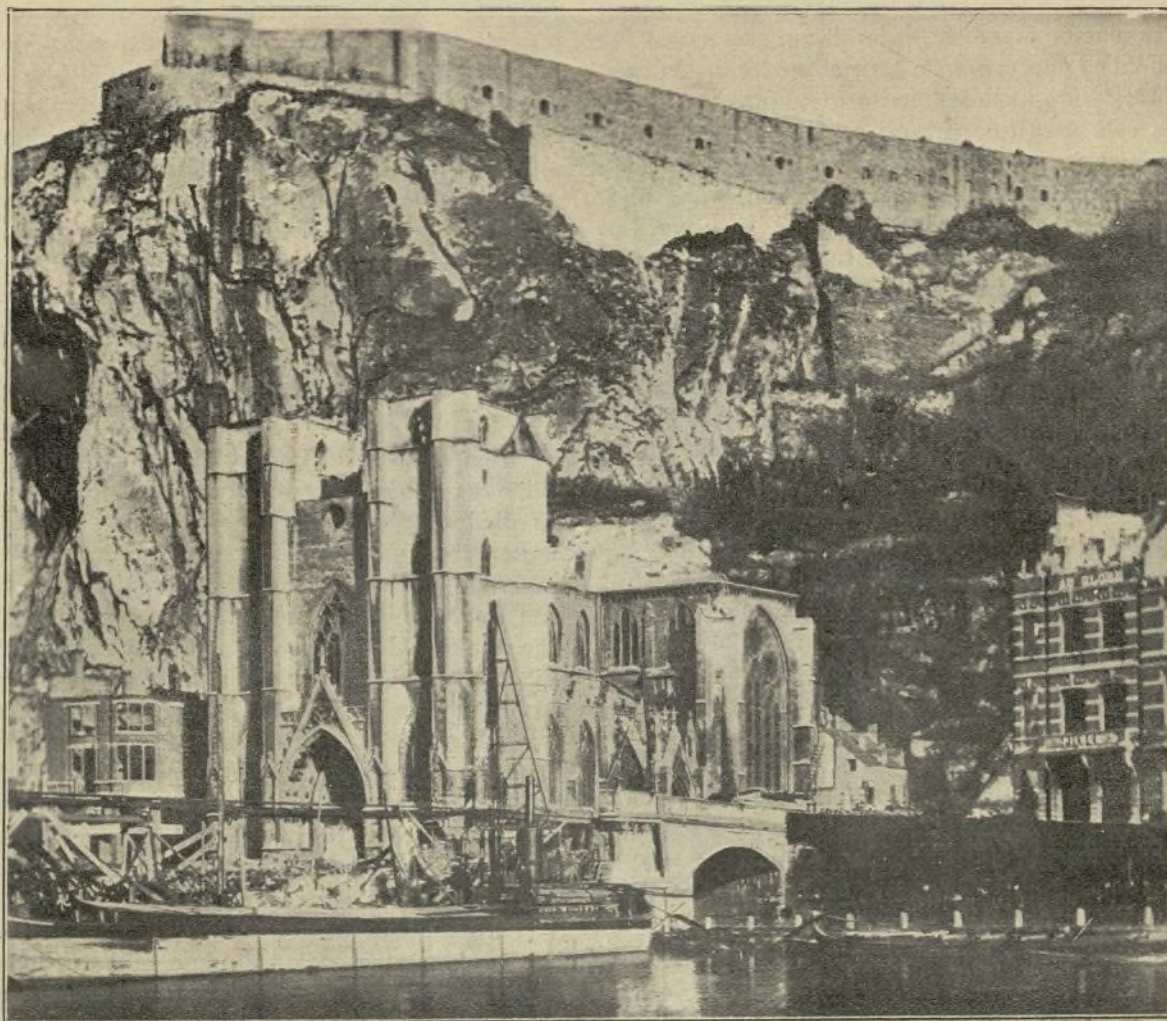


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 38.—BARCELONA 10 DE MARZO DE 1915



La catedral de Dinant, al pie de los fuertes

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El bloqueo de Inglaterra.—II. Los Dardanelos.—III. La compensación de Inglaterra.

### I.—El bloqueo de Inglaterra

La reina de los mares, la nación que se envanecía de una supremacía naval sin ejemplo, aquella sin cuyo permiso no podía navegar barco ninguno, ha visto con asombro mezclado de estupor cómo un enemigo implacable y fuerte, aguijoneado por la suprema necesidad de no perecer, ha llevado su osadía al extremo de decretar el bloqueo marítimo de la Gran Bretaña, y, lo que es peor aún, ha comenzado a ponerlo por obra con una energía extraordinaria. De nada ha servido la medida tomada por el almirantazgo prohibiendo que se dé a la publicidad la lista de los barcos nacionales echados a pique por los submarinos alemanes: si es imposible poner puertas al campo, más imposible es aún ocultar los desastres que afectan a armadores, comerciantes, mercaderes, navegantes y otra multitud de personas. Hoy

cuatro, mañana cinco, va aumentando la lista de barcos echados para siempre a los profundos abismos de los mares que bañan las costas de Inglaterra.

Por grande que sea el número de sumergibles alemanes, no hay que esperar que se cierre por completo el tráfico marítimo que sostiene Inglaterra. Al contrario, es casi seguro que los armadores y dotaciones se vayan acostumbrando al bloqueo y que poco a poco crezca el número de los barcos que arriben o salgan de aquellos puertos; todo será aumentar los seguros marítimos y encarecer los fletes. Y esto es, precisamente, lo que se proponen los alemanes.

Inglaterra, acostumbrada de antiguo a que la provean sus inmensas colonias y dominios; estómago que digiere las materias cosechadas en los más apartados rincones del planeta; señora y dueña que se reserva el gobierno de más de quinientos millones de personas, que laboran y trabajan para el ma-



por esplendor y la prosperidad de su ama, no se ha preocupado jamás de prepararse contra una contingencia que hace seis meses no cabía en la cabeza de ningún inglés. ¿Para qué, si no, su poderosa flota, sin competencia ni rivalidad posible? ¿No contaba con sus poderosos acorazados y rápidos cruceros, para ahogar el comercio alemán, mientras el británico cobraba nuevo auge? Pero los sumergibles son una invención diabólica, humilde guijarro con el que los débiles se preparan a batir al moderno Goliath.

Más de la mitad del territorio de Inglaterra y Escocia está inculto: parques espléndidos, dominios señoriales, inmensos cotos de caza, campos de sport, las más grandes manifestaciones de poder y de lujo, tienen inactivos y estériles territorios inmensos. Los pobres, el pueblo, encuentra su subsistencia en la industria y en la fabricación, en las minas y en las artes del mar, pero la masa campesina, la labriega, es harto escasa. ¿Cómo, en estas condiciones, hará frente Inglaterra al conflicto que la amenaza y que ha dejado ya sentirse de un modo pavoroso? Esta es la pregunta que se hacen todos, y que nadie acierta a responder.

Una ojeada a los periódicos ingleses demuestra cuán grave es la situación. La guerra ha sido relegada a secundario lugar; columnas y páginas se dedican al bloqueo. Los más sutiles argumentos y los más rebuscados y hábiles sofismas se enderezan a tranquilizar al pueblo británico y demostrarle que los sumergibles alemanes no podrán echar a pique todos los barcos que se dirijan a Inglaterra. Pero en estas cuestiones la literatura no sirve para nada: puede demostrarse en el papel que está asegurada la subsistencia de la Gran Bretaña, pero si los víveres siguen encareciendo y comienzan a faltar ¿qué se habrá conseguido? El desengaño será mayor, que es lo que está ocurriendo.

Alemania, sin producir todas las materias nutritivas que exige el cubrir las necesidades de su población, está mejor armada a este respecto que Inglaterra, como lo están también Francia y Rusia, y en general cualesquiera de los pueblos de la tierra. Es el ejemplo del rico ocioso y del bracero humilde: éste, acostumbrado a trabajar, sacará de una hectárea de terreno los alimentos que le sean indispensables, mientras que aquel ni siquiera sabrá manejar el arado. Previendo las eventualidades de un porvenir más o menos remoto, Alemania ha reglamentado, por decirlo así, el consumo de ciertos artículos de primera necesidad y ha substituído unos con otros; hasta las parcelas de terreno situadas junto a grandes ciudades y destinadas a la edificación o a lugares de recreo, se han utilizado ahora para la siembra de patatas. No se comerán golosinas ni exquisiteces en Alemania, los alimentos serán más groseros y toscos, pero no faltará qué comer y estará asegurada la subsistencia de la población. Esta sabe, y lo está demostrando con rara unanimidad, que para vencer es menester sacrificarse, y no confiarlo todo al esfuerzo del ejército en campaña, y de buen grado obedece las indicaciones de sus gobernantes y se somete con perfecta disciplina, a los consejos de los directores de la nación. Alemania puede obrar así porque se ha educado en el trabajo, en la adversidad, y se ha visto durante centurias amenazada y castigada por poderosos vecinos.

Inglaterra, por el contrario, como Cartago, ha perdido la noción de la disciplina; no hay verdadera masa social, no existe fusión de sentimientos y pensamientos entre el pueblo y la aristocracia; Inglaterra no es, para los efectos de la política internacional y de la guerra, el pueblo británico, sino la porción de él formada por los plutócratas, aristócratas y grandes comerciantes. Si en Inglaterra el Gobierno decretara medidas análogas a las que en Alemania parecen a todos lo más natural del mundo, la guerra terminaría al día siguiente, porque por grande—y lo es mucho—que sea el patriotismo británico, no se van a cambiar en veinticuatro horas los hábitos de siglos, ni es posible imaginar que de pronto se resigne a su propio esfuerzo una nación para la cual trabaja casi una tercera parte del mundo. Esta es la gravedad del bloqueo: el descontento y la crisis pública que posiblemente ha de despertar en Inglaterra.

## II.—Los Dardanelos

Mientras la escuadra británica ha recibido casi todos los golpes adversos que han correspondido a los aliados en la presente guerra, la flota francesa se conservaba punto menos que indemne. Hemos apuntado ya este hecho en otra *Crónica*, añadiendo que a nuestro juicio algo haría Inglaterra que diera por resultado la disminución del poder naval de su aliada. Este algo ha comenzado a aparecer. En el bombardeo de los Dardanelos ha tomado parte no escasa la escuadra francesa, apoyada por una división británica. Mayores y más duras pruebas le esperan a la armada francesa: no basta que sus tropas de tierra sean las que tñan de sangre los campos del teatro occidental; es menester que también su escuadra se debilite.

Pero la trascendencia del ataque a los fuertes de los Dardanelos es de otra índole. El llamado testamento de Pedro el Grande asigna a Rusia la tarea de adueñarse del Bósforo y de Constantinopla y arrojar para siempre al Asia a la dominación otomana. Engrandecido por el tiempo, el referido testamento va ahora más allá todavía, toda vez que pretende la substitución del imperio de la media luna en Asia por el gobierno de Rusia, pero para ello hay que comenzar por apoderarse de los Dardanelos. Sobre este estrecho se han posado constantemente las miras británicas, y él ha sido la causa principal de las eternas disensiones entre Rusia e Inglaterra. Por no disgustar a los rusos y despertar sus recelos y susceptibilidades, se abstuvieron en los primeros meses de intentar nada contra los repetidos Dardanelos, a pesar de que en agosto y septiembre su conquista no ofrecía las dificultades de ahora; si al fin se ha decidido Inglaterra a enviar allá sus barcos, preliminar tal vez de un desembarco en la misma boca o en las costas del Asia menor, es porque se ha convencido de que Rusia ha de salir desangrada de esta guerra y derrotada, no hallándose luego de terminada en situación de arrebatarse a los ingleses la presa que consigan devorar.

De consiguiente, el ataque a los Dardanelos ha de interpretarse como señal indudable de que Inglaterra no espera ya obtener mejores ni más frutos de su alianza con Rusia; ésta ha dado todo lo que podía y no hay que seguir teniendo miramientos con ella.



Es un aliado que se tambalea y que quizás cambie muy pronto de actitud: debe, pues, aprovecharse el tiempo, ya que tanto se le ha perdido antes.

### III.—La compensación de Inglaterra

Continúan los síntomas de paz. Duro sería que Inglaterra se tuviera que resignar a ver a su enemigo en el estrecho de Dover, pero ¿no brinda amplia y rica compensación la decadente Turquía? ¡Si el imperio británico pudiera extenderse desde el Pacífico al Egeo y el Mediterráneo, sin solución de continuidad! Todo el problema se reduciría a trasladar más al oriente el centro y la base principal de las escuadras británicas. Acaso todavía la Gran Bretaña saldría ganando con el cambio.

Los belgas, ciego será quien no lo vea, no esperan ya nada de Inglaterra, aunque aún confían en su vecina Francia. La resignación ha comenzado a abrirse paso, y una nación que tan bien y con tal constancia ha sabido conservar el odio a los que un día la subyugaron, nosotros, los españoles, como si conduciéndonos de aquella manera nos hubiéramos apartado de lo que han hecho en igual caso todos los pueblos de la tierra, sin olvidar las que los ingleses llamaban «atrocidades del Congo»; aquellos belgas desentimentados tan arraigados e implacables, se están conduciendo con una moderación realmente ejemplar. ¡Nosotros fuimos unos *tiranos*, pero muy otro sería nuestro presente si hubiéramos sabido reprimir a tiempo nuestra proverbial generosidad y desplegar, apartando sentimentalismos e impulsos impropios de todo conquistador, saludables métodos de rigor y de severidad!

Aparte de esta digresión, Alemania, o por lo menos sus gobernantes, hacen todo lo posible para llegar a la paz. Si Rusia se diera cuenta de la situación no guerrearía más y se saldría del palenque antes de quedar enteramente destrozada a manos de su enemigo y de las discordias interiores. La retirada de Rusia sería un buen pretexto para que Inglaterra accediera a la mediación de un neutral, y la paz sería un hecho. Lo malo es que, para estos efectos, Rusia se reduce a media docena de personajes, que ven más peligros el día de la paz que mientras dure la guerra.

No hay que hablar de Francia, donde la paz es ardientemente deseada, y tampoco de Austria-Hungría, que ahora saldría sin mermas en sus territorios y sin desprestigio militar, ni de Serbia, que ha de repartir su atención entre Austria y Bulgaria.

Finalmente, el tono amistoso de la réplica de Alemania a los Estados Unidos—nación de la que nada ha de temer, aunque se extremaran las cosas,—es prueba de que aquel imperio no quiere cerrar el camino a la mediación que más o menos pronto ha de ofrecer la nación americana.

F. LARIN.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Mariposeando

(El señor A).—¿Cómo le han sentado a V., don Subrio, la serie de medidas tomadas por el Gobierno

alemán para evitar la penuria de víveres? ¡Ya no envidiará V. tanto a los alemanes, condenados a comer el pan de guerra!

—Se equivoca V.: los pueblos verdaderamente fuertes son los únicos que ni esconden el peligro, ni se recatan de advertirlo; a la previsión jamás se le ha llamado cobardía, ni flaqueza. Más vale conducirse así que no imitar a los niños que, para disimular el miedo, esconden la cabeza entre los brazos, y como no ven el peligro, creen que ha desaparecido; hay pueblos, señor A., que obran como los niños.

(El señor B).—Sin duda dirá V. esto por Inglaterra.

—Es V. tan poco afortunado como el señor A. en adivinar mis sentimientos. Si leyera V. los periódicos ingleses, vería que llenan diariamente columnas y columnas ocupándose en las crisis del carbón, en el encarecimiento de las substancias alimenticias, etc. Los ingleses, créalo V., tampoco tienen miedo. Y la verdad es que harían muy mal en darle acogida, porque hasta ahora son los únicos que capean el temporal sin graves contratiempos.

(El señor A).—El único grano maligno que les ha salido son los submarinos; ¡vaya una tarea poco militar la que ahora les emplea!

—¿Lo dice V. por los ataques a los barcos mercantes? ¿Pero no hemos quedado en que ha sido la Gran Bretaña la que ha inventado el nuevo método de guerra consistente en privar de la comida al país rival?

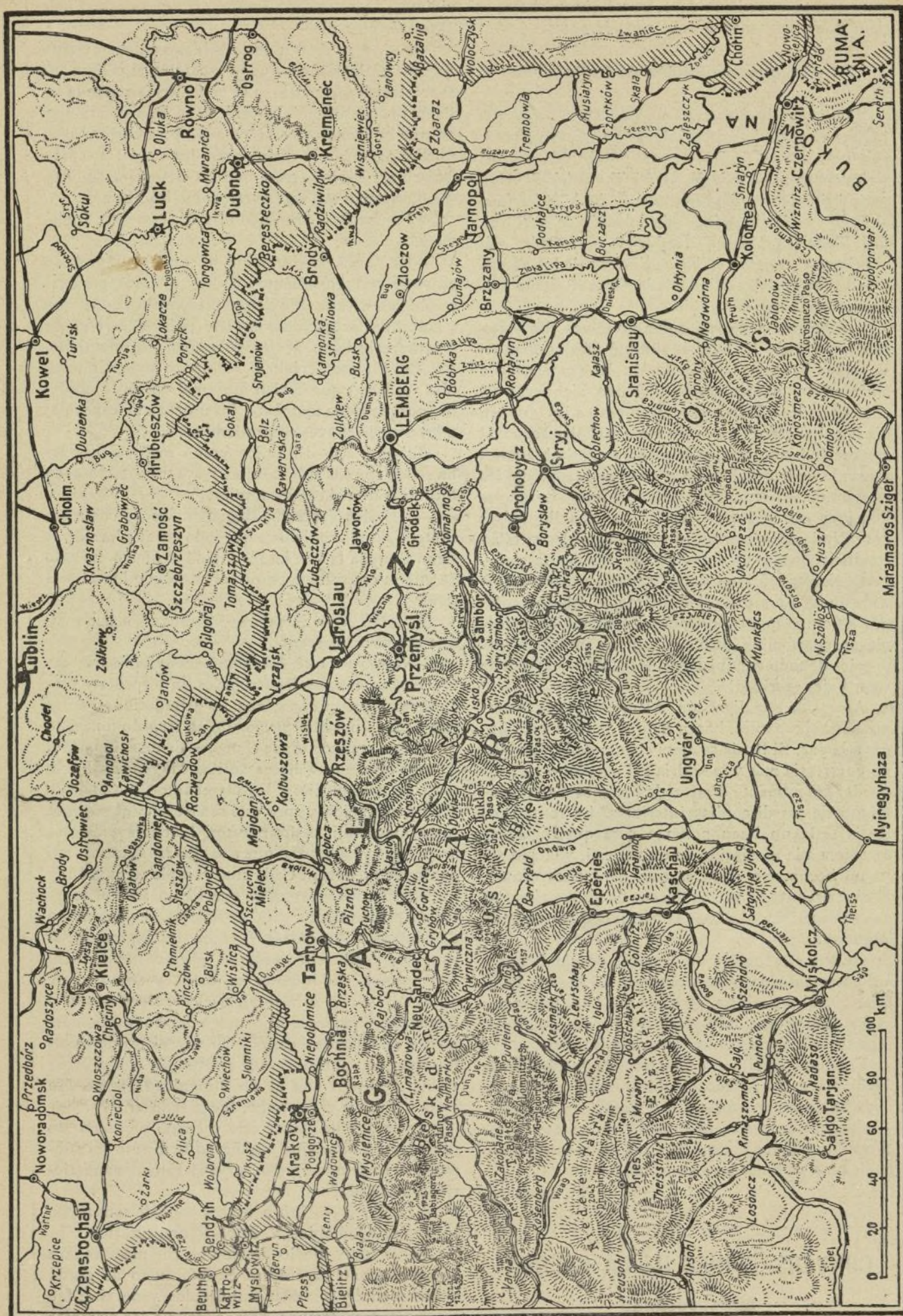
(El señor A).—Sí, pero es inhumano echar a pique un barco mercante.

—No veo por qué. Los alemanes avisan a los barcos mercantes antes de arrojarles un torpedo, y procuran siempre que se salven las tripulaciones; entre irse a pique por la explosión de un torpedo fondeado o por una granada o por el ataque de un submarino, no creo que quepa hacer sutiles diferencias. Sobre todo, es lo que dicen los alemanes, como antes lo decían los ingleses, ¿por qué se atreven los marinos mercantes a salir de los puertos? La culpa será de los armadores y capitanes, que a sabiendas se aventuran en donde no deben. Cada cual cumple su misión, y los submarinos y barcos de guerra no se han construido precisamente para dedicarlos al salvamento de naufragos. Acuérdesse V. cómo los ingleses dejaron que pereciera hasta el último hombre del *Scharnhorst*, sin intentar salvarles, y en lugar de prestarles ayuda concentraron los golpes sobre el *Gneisenau*. Nadie les dijo que obraron inhumanamente en aquella ocasión; yo soy el primero que les aplaudo, porque antes es cumplir con el deber militar, y luego con el de humanidad. Primero se mata y se hiere al enemigo, luego se le cura, si hay lugar y es posible. No de otra manera proceden los submarinos. ¿Por qué no hacen lo mismo los submarinos ingleses? ¿De qué sirve su inmensa superioridad numérica?

(El señor B).—Nunca hemos hablado todavía de los rusos. ¿Qué opina V. de ellos, don Subrio?

—Que están medio destruidos. Su masa es aún enorme, pero el organismo es fofo, lleno de grasa, sin osamenta y con escasos músculos y nervios; fué una verdadera fortuna para ellos que los primeros golpes de los alemanes los recibieran los franceses. Si en agosto Alemania hubiera enviado al E. las tro-





Galizia, Bukovina, los Cárpatos y la alta Hungría



pas que despachó al O., a estas horas se habrían ya cantado los funerales por el poderío moscovita. Ahora van aguantando, gracias a su masa, pero la descomposición se ha iniciado ya.

(El señor A).—Si así opina V. de los rusos, ¿qué dirá V. de los turcos?

—No digo nada: repito lo que de ellos dicen los rusos: los aniquilaron, destruyeron, apresaron, batieron y exterminaron en el Cáucaso... y en el Cáucaso, y dentro de Rusia, continúan batiéndose los turcos; calculo que no deben ir las cosas muy a gusto de los rusos, cuando todavía no han anunciado éstos que están a poca distancia de Constantinopla. ¡Ya ve V.!. Nos hablaban de Berlín, de Silesia, de Posnanía, y últimamente de Thorn y de Cracovia,

(El señor A).—Y los alemanes ¿por qué no atacan?

—No me lo pregunte V. a mí; pregúntele V. al Kaiser. A mi juicio, ni quieren atacar, ni llevan prisa en terminar la guerra: ¡Ya se cansarán antes los invadidos! Tengan Vds. presente que Bélgica y los departamentos franceses del N. eran acaso los países más ricos y de más recursos que había en Europa: ahora estos recursos y riquezas han pasado al otro lado del Rhin; posible es que cuando se acaben avancen los alemanes otros cuantos kilómetros para dedicarlos a la siembra de patatas. Y entre tanto, los franceses que ganen victorias, los ingleses que sigan logrando triunfos en los sports, y el rodillo ruso que siga engrasándose.



Un «taube» alemán poco antes de emprender el vuelo

y no es por ahí precisamente por donde van los rusos armados! Los desarmados es otro cantar.

(El señor A).—¿Cree V. que por fin los alemanes intentarán un esfuerzo supremo en Francia?

—¿Cómo voy a creerlo si los franceses han anunciado oficialmente lo contrario? ¿Ignoran Vds. por ventura cuál ha sido el resultado de la ofensiva que los franceses e ingleses emprendieron el 9 de diciembre en todo el frente?

(Los señores A y B).—Ganar terreno en algunos puntos y perderlo en otros.

—Nada de esto: perderlo en todos, pero oficialmente su ofensiva ha tenido otra consecuencia mucho más importante: ¡contener, poner término a la... ¡pásmense Vds.!... ofensiva alemana. Y para esto se ha estado pregonando durante cincuenta días que los ejércitos aliados avanzaban constantemente. Si cuando atacan no consiguen otra cosa que contener la ofensiva enemiga ¿qué será cuando se defiendan?

(El señor B).—¿También los austriacos...?

—Para mí, están a la altura de los rusos, y casi a la misma de los serbios.

(El señor B).—Pero los serbios expulsaron a los austriacos y obtuvieron una victoria.

—Tan grande fué que no les han quedado ganas de repetir la invasión de Bosnia, intentada dos veces antes de que los austriacos pasaran el Drina; verdad es que dicen que tienen tantos prisioneros austriacos que necesitan todo su ejército para custodiarlos. ¡Les digo a Vds. que se oyen unas cosas que mueven a risa!

(El señor A).—¿Y de Rumanía?

—Que nunca segundas partes fueron buenas: a los rumanos les salió bien una vez la difícil e inverosímil empresa de ganar una guerra sin disparar un tiro, y ahora quieren repetir la suerte; pero ni los austriacos son de pasta florida, ni los rusos son primos, sino suegros de los rumanos, porque ya saben



Vds. que para premiarles su cooperación en la guerra de 1877-78, les arrebataron la Besarabia. A veces el que quiere pasarse de listo cae para no levantarse más. Los rumanos han llegado a creer que todos les tiemblan, y han tomado en serio su importancia; ¡si supieran lo que se opina de ellos en las Cancillerías!

(El señor B).—¿También sabe V. lo que ocurre en las cancillerías?

—No; pero los diplomáticos son hombres como los demás en lo relativo al pensamiento, diferenciándose sólo en que aparentan creer lo contrario de lo que creen; deduzca V. la consecuencia.

(El señor A).—¡Vaya, vaya! ¡Para V. Alemania se baña en agua de rosas!

—¡De espinas querrá V. decir! Por eso me admira más: porque no lo disimula, porque lo soporta con paciencia, y porque lo reconoce públicamente, sin tratar de ponerse una venda en los ojos, como hacen otros, ni ponérsela a los neutrales con los lemas manoseados que sirvieron para enviar tantas cabezas a la guillotina en tiempos del Terror.

SUBRIO ESCÁPULA

## EL GENERAL EN JEFE DE EJÉRCITO EN LAS BATALLAS MODERNAS

El crecimiento de los efectivos del ejército moderno, las grandes dimensiones superficiales que ocupa, han impreso gran actividad a la labor del Comandante en jefe y del Cuartel General. El moderno jefe de ejército no busca ya ningún punto elevado para situarse sobre él, y desde allí poder observar todo el campo y el movimiento de las tropas, ya no puede por sí mismo averiguar e inspeccionar el terreno y la posición del enemigo, para tomar su decisión y formular su plan de batalla sino que, muy atrás de la línea de fuego de sus ejércitos, en un punto favorable de comunicación, establece su «residencia temporal». Los ojos, con los que inspecciona el campo y la posición enemiga, son las patrullas de oficiales, los dirigibles y aeroplanos. Las noticias sustituyen a sus impresiones personales.

Esas comunicaciones se hacen llegar al Cuartel General por diferentes medios y caminos. La mejor comunicación no tiene valor alguno si no llega a tiempo. La técnica moderna ha permitido al Comandante allanar fácilmente esas dificultades, con respecto a las distancias entre cada uno de los ejércitos y su Cuartel General, con suma rapidez. Y de la misma manera y con la misma rapidez con que él recibe todas las comunicaciones desde la extrema línea de fuego, así son transmitidas sus órdenes al mismo punto. El jefe de ejército permanece invisible para las tropas, personalmente no puede con su palabra ferviente influirles valor o conducir a la última reserva el ataque decisivo, pero sin embargo tiene la posibilidad de poder lanzar las grandes masas que se encuentran dispersadas, por medio de sus órdenes y transmitirles su voluntad. No hay que imaginarse tampoco que el Jefe moderno en campaña pone sólo a las tropas en marcha, y luego deja la dirección a los Comandantes subalternos, sino que siempre debe procurar, a pesar de todas las dificultades, mantener en su propia mano la dirección del ejército.

Si las líneas más avanzadas tienen un encuentro con el enemigo y resulta un combate, esto es, si se prevé una batalla en perspectiva, entonces se comunican estas líneas rápidamente con el Comandante General, y así se ponen en contacto el jefe superior con los jefes subalternos. Para ello se emplean: el teléfono, telégrafo eléctrico, telegrafía sin hilos, heliógrafos, etc.

Los Comandantes de tropas están dotados de «grupos de noticias», de modo que estas comunicaciones se pueden poner inmediatamente en conexión. Los automóviles facilitan el envío de oficiales exploradores y comunicaciones hasta aquellas partes más lejanas de las tropas del ejército.

En una caseta protegida contra el fuego eventual enemigo, el General en jefe tiene tendidos sobre una mesa mapas del campo de operaciones sobre los cuales sigue él el movimiento de sus propias tropas como las del enemigo, conforme van llegando las noticias y comunicaciones. El Mariscal Oyama dirigió la batalla librada cerca de Mukden, desde su Cuartel General que se encontraba en Yantai, donde se reunía realmente una red de hilos telegráficos. Ese punto quedaba como a 20 kilómetros detrás de la primera línea de combate de los japoneses. La permanencia de los Comandantes Generales en un punto muy atrás de la línea de combate, impide también que se dejen influir por las impresiones momentáneas de la lucha. Esto es sumamente importante desde el punto de vista psicológico, puesto que muy raras son las naturalezas que no se conmueven con tales impresiones extrañas.

Durante la batalla, el jefe tiene que formarse una idea clara, por la infinidad de comunicaciones y noticias, del estado de combate.

Para esto se requiere cierta imaginación. Mentalmente hay que imaginarse cada una de las acciones de cada parte de los ejércitos. Con tranquilidad completa tiene él que resumir las consecuencias de cada uno de los combates, para así poder dar sus respectivas instrucciones. Su misión especial es resolver cómo y dónde se deberán colocar las reservas, si es necesario seguir el combate o suspenderlo. También son posibles cambios o variaciones de tropas durante el combate.

El trabajo del General en jefe, se ha vuelto ahora mucho más difícil. La fuerza de combinación requiere mucha más actividad que antes, puesto que las dimensiones del terreno requieren hoy más tiempo desde la transmisión de sus órdenes hasta su ejecución. Por lo tanto, tienen que pensarse y meditarse con tiempo anticipado, ya que el plan de operaciones es hoy más vasto, las ejecuciones mucho más rápidas y muchísimo más duro el golpe. Razón tenía Moltke cuando decía: Las guerras próximas serán sobre todo guerras en las cuales la ciencia estratégica y el alto mando desempeñarán el papel principal. Nuestras campañas y nuestras victorias han instruido a nuestros enemigos, que tienen el número igual al nuestro, y que como nosotros tienen también el armamento y el valor. Nuestra fuerza residirá en la dirección del mando. Tal fuerza nos la podrán envidiar nuestros enemigos, pero no la alcanzarán.

J. C. GUERRERO.



## EL CAMPAMENTO DE PRISIONEROS DE ZOSSEN

Tomamos de *La Vanguardia*, de Barcelona, los siguientes interesantísimos párrafos de una correspondencia que le ha dirigido su redactor en Alemania, D. Enrique Domínguez Rodiño, describiendo la visita que hizo al campamento de prisioneros de Zossen. Acompañamos esta descripción con varias fotografías, que nos ha facilitado amablemente la oficina general alemana de informaciones, a quien agradecemos su atención:

*Berlín, 24 enero 1915*

Al pasar junto a uno de los pabellones,—que muchos de dichos edificios más bien son pabellones que barracas,—había frente a la puerta varios centenares de soldados. Se repartía allí el correo. Las cartas, targetas y paquetes postales llegan a varios miles diariamente. El servicio está perfectamente organizado y se lleva a cabo con toda rapidez y todo orden. Varios cabos y sargentos, prisioneros, están encargados de él. Un soldado alemán ha sido agregado a ellos. Las cartas y paquetes se entregan a su destinatario, previa legitimación de su persona, por medio de los documentos que posea, o de la medalla que todos llevan cosida a su guerrera o, simplemente, si estas pruebas faltan, por las indicaciones que dé a los repartidores de la correspondencia. Por esa razón han sido encargados de ese servicio cabos y sargentos prisioneros, para evitar que algunos listos y avisados se apoderen de lo que no les pertenezca.

Al entrar nosotros en dicha habitación, salía un soldado con un paquete bajo el brazo. El comandante del campamento le ha dicho cariñosamente:—Debes estar contento, ¿eh? ¿Te lo manda tu madre?—No, ha contestado el prisionero, con una gran tristeza.—Me lo mandan mi mujer y mis hijos.—¡Ah, entonces es mucho mejor!—ha dicho el comandante.—Debes escribirles que te manden a menudo paquetes como ese.—Los soldados que estaban allí agrupados han reído a las palabras del comandante. El soldado del paquete, sin contestar palabra, ha sonreído nada más. Y era una triste sonrisa la suya. Mas que alegría aquel paquete parecía producirle una gran pena. Y es que al tenerlo entre sus manos, el recuerdo de su mujer y de sus hijos se había hecho más vivo en su alma. Y el recuerdo, el deseo de la esposa y de los besos de los hijos habíase hecho tan instinto, que era un dolor, una angustia, el no poder satisfacerlo. Tal vez pensaba que *aquello* se lo habían quitado desde la boca para mandárselo a él. Allí se ha ido con su paquete. Seguramente para besarlo, para morderlo, para estrecharlo contra su pecho, para llorar sobre él en un rincón de su barraca...

Hemos visitado luego las barracas donde estaban los prisioneros de color. He visto muchos cipayos y gurkas de la India. Hubiera jurado que entre los cipayos prisioneros había dos de los que yo había visto desembarcar en Marsella. Estos hombres, sobre todo los gurkas, causaban una penosa sensación de repugnancia y desagrado. Sólo porque al mismo tiempo inspiraban compasión, podía mirárseles. Estos gurkas pequeñitos, de no haber tenido tan morena la color, hubiéraseles creído chinos o, mejor, japoneses. Al entrar nosotros se han puesto de mala gana en pie. Para que algunos lo hiciesen ha sido preciso que

uno de sus superiores, un hombre pequeñito y enérgico, les lanzara algunos gritos en su lengua. El comandante ha notado humo de tabaco en la barraca. Ha recordado que estaba terminantemente prohibido fumar en el interior de las mismas y ha amenazado con un castigo si el caso se repitiese. El gurka que era el jefe de la barraca, se ha elevado sobre las puntas de sus pies y lleno de cólera se ha puesto a gritarles a sus compañeros. Preguntaba quién había fumado. Al momento más de cincuenta brazos se han alzado para señalar al culpable. Este era un soldado pequeñín, de aspecto ruin y miserable, descalzos los pies y el terroso pecho descubierto. No ha tratado de disculparse. Miraba con ojos idiotas a un lado y a otro. Su superior ha hecho ademán de lanzarse sobre él. Le ha mirado con ojos iracundos y le ha reñido con palabras violentas.

Estos indios, así como los mahometanos, sucios, mal olientes, vestidos con guñapos,—pues si los indios vestían un uniforme militar, estos mahometanos iban tal como se les ve por las cabilas-rifeñas—producían una atroz impresión, en la que, junto a una dolorosa piedad, había asco y miedo. Los dos señores del ministerio que me acompañaban, volvían con repugnancia el rostro. El comandante decía:—Esos son los portadores de cultura que nuestros enemigos echan a combatir contra nosotros. Es indigno. Causa horror el pensar que esos salvajes pudiesen entrar un día en territorio alemán.

Al salir de estas barracas, hemos pasado junto a las alambradas que circundan todo el campamento. La alambrada era doble y tendría una altura de dos metros. Una distancia de tres separaba la una de la otra.—Pero eso puede saltarse fácilmente—dijo uno de nuestros acompañantes.—El comandante sonrió y nos miró a todos de una manera muy significativa.—¿Ven ustedes—nos dijo—esos postes pintados de negro que se hallan colocados en el espacio libre entre ambas alambradas? Conducen una corriente eléctrica que mata en el acto. Quien desde esta parte del campo o desde fuera intente franquear las alambradas, como tiene que pasar forzosamente por la zona eléctrica, perecerá sin remedio. Todos los prisioneros han sido advertidos. Para evitar que alguno, por no haberse hecho cargo de la advertencia, o por no creer en ella, sacrificase su vida en un inútil intento de evasión, un día hice lo siguiente. Mandé formar delante de las alambradas a todos los prisioneros. Se les repitió la advertencia en sus respectivas lenguas. Luego, para que no le quedara a ninguno duda alguna, hicimos avanzar a un cerdo. Cuando el animalito llegó a la zona eléctrica, cayó muerto al suelo como herido por un rayo. La demostración no pudo ser más teliz. No he registrado ni un solo intento de evasión...—Y el comandante, al decir esto sonreía.

\*  
\*  
\*

Estamos en el «*Boulevard*». El *boulevard* es uno de los caminos centrales del campamento, el más ancho de todos. Los prisioneros franceses le han dado ese nombre. Estos franceses no pierden nunca su espíritu. Era un día hermoso y el sol tenía calor. Más de seis o siete mil hombres se paseaban por aquel camino. Los había que andaban lentamente, tristemente. Otros, con las manos en los bolsillos y la bu-





Pabellón-dormitorio en el campamento de prisioneros de Zossen



En el campamento de Zossen: los prisioneros practicando ejercicios de gimnasia sueca

Ayuntamiento de Madrid





En el campamento de Zossen: los prisioneros construyendo calzado de paja



En el campamento de Zossen: los prisioneros acarreando leña

Ayuntamiento de Madrid



tanda de lana arrollada al cuello hasta por encima de las orejas, caminaban deprisa, nerviosos, como si con sus pasos rápidos quisieran acelerar la marcha del tiempo. Se veían muchos solos, aislados, como si no hubieran logrado hallar entre tantos miles de hombres un solo compañero. O tal vez para hablar a solas con los suyos o consigo mismos, entregados a los propios pensamientos. Veíanse asimismo grupos de dos, de tres, y de más, a veces hasta de una docena. Era un ir y venir constante, sin interrupción, como el de un hormiguero. La mayoría de ellos llevaban barba. Quizás por desidia, tal vez por preservarse mejor del frío. El descuido personal era grande en casi todos ellos. Y se comprende. Harto ocupados tienen los pobres corazones, para poder pensar en acicalamientos. Por otra parte, ¡si no ha de haber ni unos solos ojos de mujer que los vean! Observábanse los más diversos tipos. Abundaban más los viejos que los jóvenes. Entendamos en este caso por viejos hombres entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Había muchos con el pelo cano, casi completamente blanco. ¡Cuántas de esas canas, tal vez, se las ha traído el cautiverio! La mayoría eran bajos, pequeños. Veíanse también muy buenos mozos, pero eran los menos. Bien es verdad que cuando se está en Alemania, los hombres del Sur parecen todos pequeños. Cuando después de mi primera estancia en Alemania regresé yo a España, me pareció entrar en un país de liliputienses. Muchos de ellos, por su manera de andar, por los rostros, por su actitud al saludar y por el conjunto todo de su continente, denotábanse personas distinguidas. Entre ellos hay muchos artistas y hombres de carrera. Y también sacerdotes.

Al pasar por uno de los caminos principales, hemos visto delante de las barracas unos preciosos *parterres*. Eran labores de jardinería de un gusto delicado y ejecutadas hábilmente. Cubríalas la nieve. El comandante me los ha mostrado con cierto orgullo.—*¡Das ist schon!* ¡Esto sí que es bonito! Estos franceses son todos artistas. Pero vengan, vengan. Van a ver algo aún más interesante.—Y nos ha llevado a una barraca vecina. Hemos entrado. Mis dos acompañantes y yo no hemos podido contener un grito de grata sorpresa. Estábamos en el taller de un escultor. Allí había toda clase de bocetos. Todos ellos preciosos. En el centro del taller se hallaba un grupo escultórico, no terminado aún, de gran inspiración y belleza. El comandante nos ha presentado con satisfacción al escultor. Este era un hombre simpático con el cabello entrecano. Le ha estrechado la mano y le ha felicitado. Ha contestado con una triste sonrisa. A mis preguntas me ha dicho que todos aquellos trabajos los ejecutaba él para el cementerio vecino, en honor y recuerdo de los pobres camaradas muertos. El comandante le había prometido proporcionarle el mármol para el gran grupo que estaba haciendo. El era de París y tenía en París su taller. Se llamaba N... y en 1910 había ganado el premio de Roma. Estaba muy contento y muy agradecido al comandante, porque le había permitido aquella instalación y le había proporcionado todos los medios.

En la barraca de al lado, nos ha mostrado el comandante una capilla dedicada a la Virgen. La habían construido los mismos prisioneros. Notábase que habían puesto su amor al hacerla. Los retablos

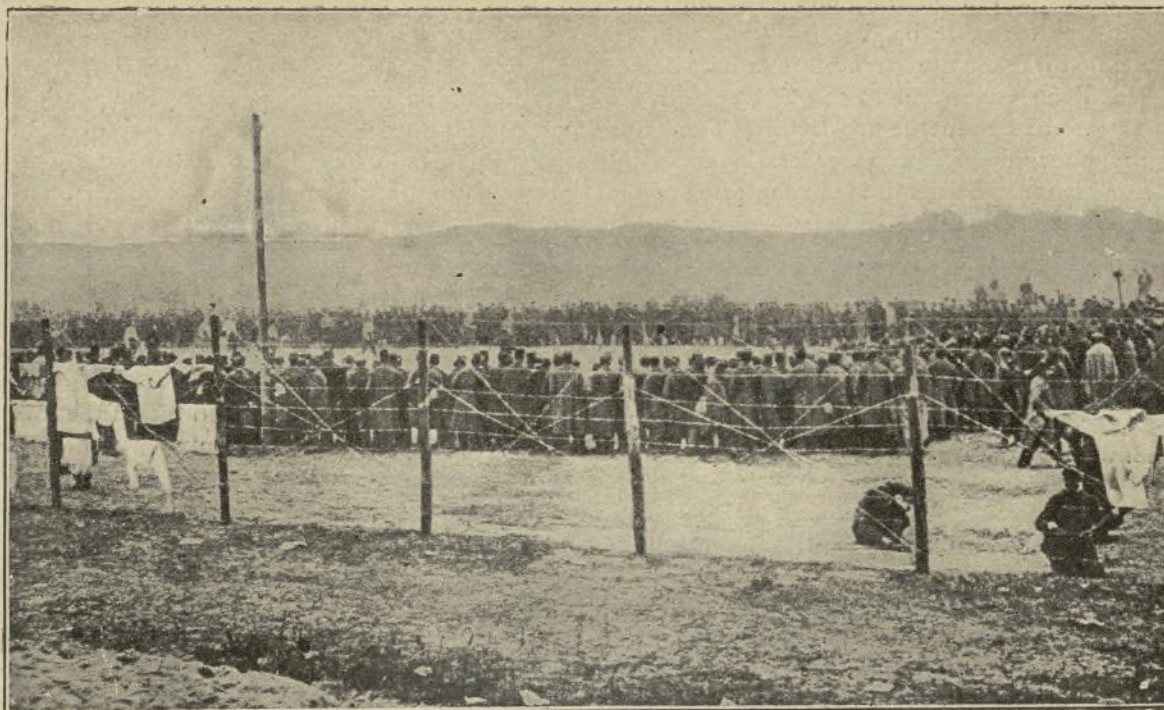
eran del más bello estilo y estaban primorosamente ejecutados. Sobre unos candelabros, ante la imagen dulce de la Virgen, ardían unas velas. Varios soldados estaban allí orando. Uno de ellos era un sacerdote y tenía el breviario entre los dedos. Al pie del altar, entre ramas de pino y rodeado de fresco musgo, había un nacimiento. No faltaban ni las montañas de corcho, ni la nieve, ni los regatos, ni los pastores, ni las ovejas. La Virgen de barro que estaba en el portal, figura, como las demás, primorosamente hecha, tenía el mismo rostro que la Virgen que estaba en el altar. Aquel nacimiento lo habían hecho los prisioneros para celebrar la pasada Navidad. Había sido una fiesta muy sencilla llena de ternura y de encanto. En aquella capilla oían misa los soldados. Los mismos sacerdotes prisioneros la decían.

Hemos entrado luego en otra tienda. Era una barraca en construcción, de un modelo distinto. Las ventanas eran más pequeñas que en las otras y entraba menos luz en ella. En el fondo se veían muchos soldados. Estaban todos de pie, agrupados. Al entrar nosotros se han cuadrado todos. El comandante les ha dicho:—No se interrumpen. Sigan, sigan.—Y dirigiéndose a nosotros, nos ha anunciado: Dispónganse ustedes a gozar un rato. No tardarán ustedes en hacerse la ilusión de que están en la ópera.

Un soldado de largas barbas negras, que estaba en el centro, ha empuñado en la diestra una varilla y ha dado la señal. En el acto ha empezado el coro. Eran ciento ochenta y cuatro voces. Primero ha sido un murmullo lejano, lejano, que iba poco a poco creciendo, para languidecer otra vez e irse alejando, alejando de nuevo. Entonces, una vigorosa y a la par dulcísima voz de tenor, se ha dejado oír. Y ha entonado una triste canción de amor. La voz tenía modulaciones que eran caricias, otras que eran suspiros, otras que eran sollozos y había momentos en que era llanto. Latía en ellas una nostalgia infinita que llegaba profundamente al corazón. Nunca las fibras de mi ser han vibrado de un modo tan intenso. Jamás escucharon mis oídos algo tan humano y al mismo tiempo tan divino. Era una melodía a cuyo perfume extasiábase el espíritu. Alma hecha arte, la más bella expresión del más grande sentimiento artístico. Yo hubiera deseado que la canción no terminara nunca, por no dejar de gozar de aquella sublime tristeza que tanto bien con su dulzura me hacía.

Al comandante y a los señores del Ministerio que estaban presentes allí conmigo, les pasaba lo mismo que a mí. Yo los he visto conmovidos, subyugados por la intensa emoción artística que como a mí les poseía. Al terminar la melodía, no encontraban palabras con que mostrar su admiración y su entusiasmo. Me han presentado al director del coro y al tenor que había cantado tan maravillosamente aquel solo tan divino. Ambos eran de París y los dos vivían allí. El primero es un compositor francés muy conocido, Félix Bondray, había trabajado con Massenet. El tenor se llama Marelly, ha cantado en el teatro El Dorado, de París. La canción que acababa de cantar había sido compuesta y ensayada en el campamento. Tenía por título *Mesidor*. El tenor era autor de las palabras y de la melodía. El músico había llevado a cabo toda la orquestación de la misma. Cada uno de los ciento ochenta y cuatro soldados que cantaban tenía una libreta en la que estaba



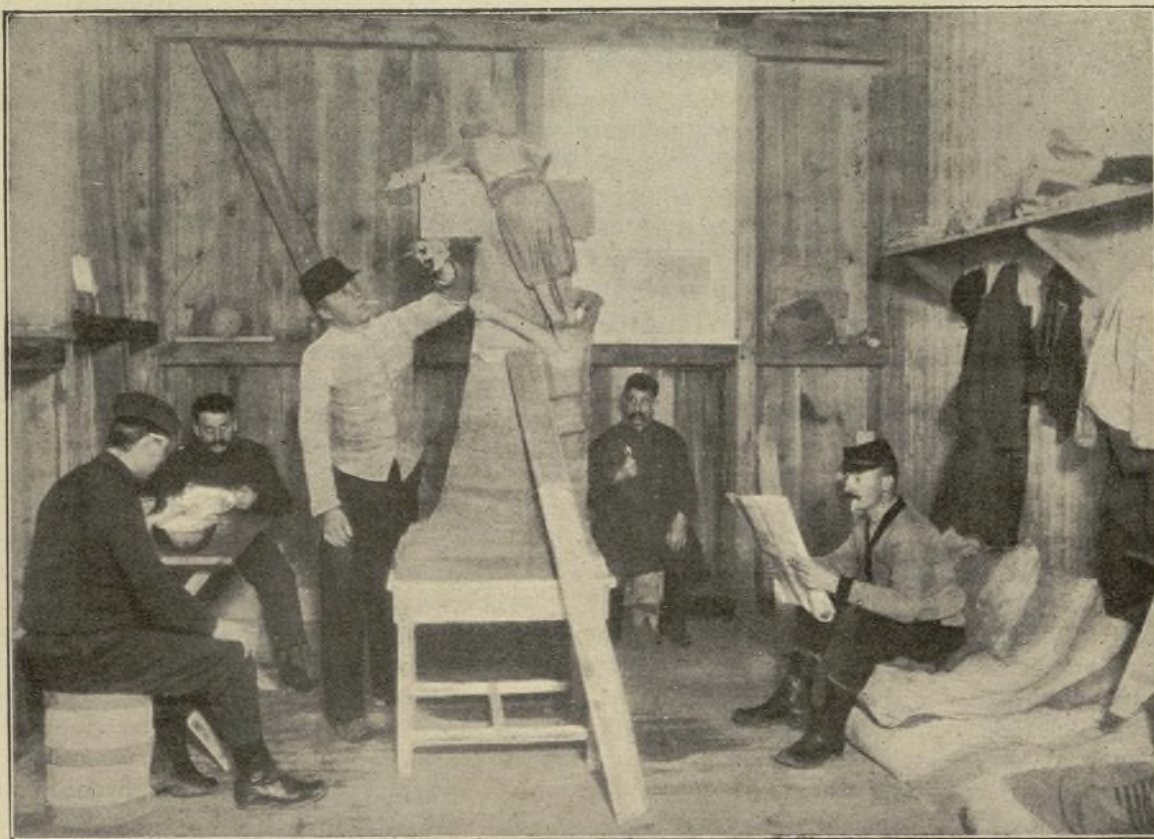


En el campamento de Zossen: campo de juegos de los prisioneros, circundado por alambradas eléctricas

anotada la parte que le correspondía. El coro ha cantado de una manera perfecta. Yo no sé si era la emoción que me dominaba, el ambiente o las circunstancias, pero el caso es que a mí me ha parecido no haber oído nunca nada tan bello ni tan bien cantado en mi vida.

Los rostros del músico y del tenor no los olvidaré jamás. Había en ellos una nobleza que ganaba la voluntad, en su continente una dignidad que provocaba respeto y en sus ojos una tristeza que conmovía.

Les he preguntado si habían caído juntos prisioneros. No, pero vinieron al campamento con pocos días de diferencia, allá a fines de septiembre. Les he preguntado si estaban satisfechos del trato que se les daba en el campamento. Ambos me han dicho que sí, que el comandante les trataba con mucha deferencia y que les otorgaba cuanto le pedían. En esto el músico, acercándose al comandante le ha pedido un favor. El domingo deseaban celebrar un concierto al aire libre. El comandante ha concedido el permi-



En el campamento de Zossen: taller del escultor



so en seguida. Pero luego, dirigiéndose al músico y señalándole el tenor, le ha dicho:—Pero, en todo caso, que no cante ese muchacho. Fuera hace demasiado frío. Todo está helado. Se le va a estropear la voz. Y sería verdaderamente una lástima. Tiene que tener mucho cuidado en no perderla, que es un tesoro.—El tenor se ha manifestado conforme con la opinión del comandante.—En fin—ha concluido éste—el permiso, por mi parte, ya lo tienen ustedes. Ahora, allá ustedes, que saben mejor de esas cosas...

Y con esto ha terminado nuestra visita. Yo, aunque hubiera habido más que ver, no hubiera querido ver nada más. Tenía deseos de estar solo, para pensar y para sentir a mis anchas. Quería oír de nuevo en mi alma aquella melodía...

### LO QUE HA DE HACER LA FLOTA ALEMANA

En un discurso que recientemente ha pronunciado el gran almirante alemán von Koster, que con el Kaiser, el príncipe Enrique y von Tirpitz, completa el número de los cuatro almirantes que ostentan aquella elevada categoría en Alemania, se contienen en pocas palabras los principios que deben regir en las operaciones de la marina alemana.

He aquí los párrafos principales:

Nuestra confianza en la marina es tan firme como una roca. Pero estamos persuadidos que una batalla naval significa la victoria o la muerte, y que, una vez destruida la flota, es absolutamente imposible reemplazarla durante el curso de la misma guerra, aunque la campaña se prolongue varios años...

Inglaterra desea a todo trance encontrarse en situación, cuando se firme la paz, de dictar las condiciones apoyándose en su escuadra que la hará la due-

ña del mundo. Parece como si el espíritu de aquella raza de mercaderes hubiese penetrado en la marina, como si los marinos británicos estuvieran combatiendo más por ventajas materiales que por el honor y la gloria; puede ser también que nuestro afán por llegar a la batalla haya hecho exclamar a aquel pueblo: «Algún día, sin embargo, vendrán, y podremos aceptar el reto en las condiciones que más nos convengan. Puede ser asimismo que se nos aprecie en mayor estima que Nelson en sus días apreció a los españoles y franceses. Es razonable suponer que el espíritu de ofensiva de nuestra marina sea mayor que el de la británica a los ojos de nuestros enemigos, puesto que hemos tomado la ofensiva contra sus costas, mientras que los ingleses no se han aventurado aún a llegar a la costa alemana...

En todas las circunstancias hemos de ser muy cautos, y abstenernos de acometer empresas que nos expongan a una derrota. ¿Cuáles serían las consecuencias de una batalla en la cual cada uno de nuestros barcos fuese acompañado al abismo por uno o varios de los enemigos? Nos quedaríamos sin escuadra, mientras que a Inglaterra aún le quedarían unidades para atacar nuestras costas. Basta recordar lo que ha hecho Inglaterra con nuestras colonias para comprender la suerte que correrían nuestras ciudades. Desde el Emden a Memel todo el litoral quedaría amenazado seriamente. Acaso tuvieran éxito las tentativas de desembarco, si se preparaban bien, en puntos que nos dañaran mucho.

Nuestra flota debe protegernos en todos los casos, y aceptar batalla solamente cuando pueda contar con el éxito. Debemos salir vencedores lo mismo en tierra que en el mar, para que al firmar una paz honrosa socavemos en sus fundamentos los dominios que sobre el mundo tiene Inglaterra.

## CRÓNICA MILITAR

I. Un factor esencial de la presente guerra.—II El ataque a los Dardanelos.—III. La campaña entre el Niemen y el Vístula.—IV. La situación el 5 de marzo

### I.—Un factor esencial en la presente guerra

Varias veces he llamado la atención sobre la importancia que en la guerra tienen los factores morales y psicológicos; aquel que sólo se guía en sus juicios por la fuerza numérica de los ejércitos, lo mismo que quien lo espera todo de las cualidades del mando, están expuestos a sufrir muchos desengaños y padecer frecuentes equivocaciones. La guerra es el arte más complejo que existe, y de ahí la dificultad de que haya buenos generales, y de que los críticos se mantengan en terreno firme.

Las muchedumbres de soldados rusos han sido vencidas repetidas veces por tropas alemanas muy inferiores en número; los millares de argelinos, indostánicos y senegaleses casi no han sido otra cosa que carne de cañón, pese a su reconocido valor y a su absoluto desprecio a la muerte; el débil ejército de Serbia, si ha fracasado en sus tentativas de invasión de Bosnia, se ha bastado para conservar la libertad de su suelo, frente a masas más numerosas, mejor organizadas y dotadas de excelente y abundante

material de guerra; la superioridad del número no ha dado a los aliados la victoria en Francia...

No es lo mismo un hombre armado y que conozca y sepa perfectamente la instrucción militar, que un soldado en toda la acepción de esta palabra. Para que el primero llegue a ser lo segundo, es menester que su voluntad, su inteligencia y su corazón se pongan al servicio de las órdenes que recibe y de los actos que ejecute. Esto se consigue en parte por la educación militar, pero principalmente se logra por la educación nacional.

El soldado ruso, por ejemplo, se ha batido en esta y las guerras anteriores con bravura y abnegación; ha soportado resignadamente las mayores privaciones y se ha sacrificado siempre que lo han exigido sus jefes. Pero nunca ha hecho otra cosa que cumplir las órdenes de sus superiores, y ha carecido del convencimiento de que se batía por su patria, por su familia y por su hogar. Es probable, o por lo menos posible, que en una guerra de invasión se abriera paso este pensamiento, pero hasta ahora no se ha dado este caso, porque la Polonia sigue siendo para



los rusos el país sometido y conquistado y no uno de los miembros vitales del Imperio.

Si es cierto que sólo debe llevarse al alma popular el convencimiento de las verdades y necesidades que desconoce o comprende mal, y que es ocioso difundirlas cuando todos las prohijan y comparten, la prensa de los países beligerantes da la clave del diferente modo de ser de unos y otros ejércitos.

Los periódicos ingleses y rusos proclaman un día y otro, en todos los tonos y con insistencia abrumadora, en inacabables artículos dirigidos a la juventud, que en la presente guerra está comprometido el porvenir de la nación y se ventila la existencia del país; que este conflicto interesa a todos por igual, grandes y humildes, próceres y obreros, y que quien quiera que sea apto para empuñar un fusil está obligado a acudir en defensa de la patria. La campaña en este sentido de la prensa francesa es menos viva y corre parejas con la de una parte de la austriaca. En cambio, en los periódicos alemanes no se ha publicado ninguna excitación en este sentido, si bien abundan las dirigidas a ensalzar la economía doméstica y la sobriedad.

La consecuencia que se deduce es clara y manifiesta: de todos los beligerantes, el soldado alemán es el único que tiene el convencimiento de que lucha por la patria y por sí mismo y, por consiguiente, el único que al hallarse frente al enemigo se siente movido por un ideal que le hace sobreponerse a las flaquezas corporales. Esta es la gran fuerza del ejército alemán.

También en Francia encontramos el mismo hecho, pero con la diferencia de que no tiene el carácter de generalidad y unanimidad que en Alemania, por sumarse en ésta, a la educación militar de la juventud, la educación cívica de toda la población, educación que ha dado en llamarse, impropriamente, militarismo.

En la presente guerra, por lo menos, el ejército alemán, a sus eminentes cualidades militares, reúne la cohesión y fuerza extraordinarias que dimanar de la solidaridad de intereses nacionales y privados; el soldado es una fuerza consciente y dinámica, que no se mueve por bienes materiales ni por rigores de la disciplina. En cada soldado alemán palpita toda el alma de Alemania, y ello le hace superior, a igualdad de condiciones, a todos sus rivales. Este aspecto de la guerra, que ni ha sido apreciado antes, ni lo es todavía, es fundamental y el único que explica cómo Alemania ha podido derrotar, con fuerzas inferiores, a sus enemigos de las dos fronteras. Es la verdadera encarnación del servicio general obligatorio: todos los hombres válidos han de pertenecer al ejército, no para servir en él y olvidarlo luego hasta que el peligro les llame de nuevo a las banderas, sino para compenetrarse con el alma nacional y sentir al unísono y estar inflamados por la misma voluntad y los mismos sentimientos. De aquí que el principio *Nación en armas*, copiado por tantos, no haya podido implantarse aún con toda su pureza fuera de aquel Imperio: mientras en todas partes se encomienda al ejército esta elevada misión docente, allí el ejército no es más que la escuela complementaria de la educación que el Estado, por medio de todos sus organismos y resortes, extiende hasta los más recónditos rincones del país.

Sin tener constantemente en la memoria las verdades que preceden, ni se comprenderán los hechos pasados, ni menos todavía los que hemos de registrar.

## II —El ataque a los Dardanelos

Defendían la entrada de los Dardanelos cuatro fuertes: el del Cabo Helles, armado con dos cañones de 24 centímetros; Sedd el Bahr, con seis cañones de 26; Orjaniéj con dos cañones de 24; y Kum Kalesi, con cuatro de 26 y dos de 15. La tarea de reducirlos al silencio y destruirlos en parte, obligando a retirarse a las guarniciones y fuerzas turcas situadas en las puntas del estrecho, fué relativamente fácil.

Componían, efectivamente, la escuadra aliada, los siguientes barcos: división británica: *Queen Elizabeth*, ocho cañones de 38 centímetros y doce de 15; *Inflexible*, ocho de 30,5 y 16 de 10; *Agamemnon*, cuatro de 30,5 y 10 de 12,5; *Irresistible*, cuatro de 30,5 y 12 de 15; *Cornwallis*, cuatro de 30,5 y 12 de 15; *Vengeance*, cuatro de 30,5 y doce de 15; *Albion*, cuatro de 30,5 y doce de 15; *Triumph*, cuatro de 30,5 y catorce de 19; *Majestic*, cuatro de 30,5 y doce de 15. División francesa: *Suffren*, cuatro de 30,5 y diez de 16,5; *Charlemagne*, cuatro de 30,5 y diez de 14; *Gaulois*, cuatro de 30,5 y diez de 14; *Bouvet*, dos de 30,5, dos de 25 y ocho de 14. Es de notar la presencia en la escuadra del acorazado *Queen Elizabeth*, uno de los más poderosos de la armada británica y perteneciente al nuevo tipo de motores de petróleo; desplaza 27.500 toneladas, tiene una fuerza de 60.000 caballos, está movido por turbinas Parsons, el espesor de su coraza alcanza 33 centímetros y su velocidad es de 25 millas por hora.

A los 56 cañones de calibre superior a 20 centímetros de la escuadra aliada, sólo podía oponer los fuertes turcos catorce, pero no tenían ninguno de 30,5 y calibre mayor, que son los más destructores. Sobre esta ventaja, tenían a su favor los aliados otra acaso más decisiva: los fuertes de la boca del estrecho, muy en saliente y sin que les protegieran alturas del tiro de revés o de enfilada, podían ser batidos en un sector de más de 180°, de suerte que toda la escuadra pudo desplegar en amplio frente para concentrar sus fuegos sobre las fortificaciones, mientras éstas tenían que distribuir el suyo contra los barcos en continuo movimiento. El tiro se rompió a unos catorce kilómetros de distancia, acortándola hasta la de once; como algunos proyectiles turcos hicieran blanco, volvióse a aumentar la separación, para ponerse fuera de alcance de la artillería turca, que finalmente quedó reducida al silencio y sus piezas desmontadas. Entonces se acercaron los barcos a la distancia de 2.000 metros para completar y rematar su obra destructora. Esto ocurría el 25 de febrero; sucesivamente fueron desembarcados algunos destacamentos que se apoderaron de las puntas del estrecho, obligando a replegarse a los turcos, que antes de retirarse entregaron a las llamas algunos pueblos y caseríos; con grandes precauciones y precedida de falúas y barcos pequeños, la escuadra entró en parte en el estrecho y comenzó el rastreado de los torpedos y minas sumergidas, consiguiendo internarse, hasta el 2 de marzo, unos siete kilómetros.

En esta fecha, la división francesa, trasladada al







niobra del fuego y barrerá los puentes. Por si estas dificultades fueran pocas, ha de añadirse a ellas las que provengan de los torpedos, minas, barreras, cadenas, y demás obstáculos pasivos, así como los ataques de los torpederos y destroyers, y tal vez de los submarinos, si es cierto que en aquellas aguas se encuentran dos unidades alemanas de esta clase. Y finalmente, algunos barcos de la flota turca pueden también contribuir a la defensa desde la salida N. del estrecho, haciendo más precaria la posición de la escuadra atacante. De donde resulta que la misión de ésta está erizada de dificultades, y que la destrucción de los fuertes de la boca es un éxito que no prejuzga las operaciones ulteriores.

Es claro, sin embargo, que el factor decisivo no son los fuertes, ni los cañones, ni los torpedos, sino los hombres; mientras Przemysl está soportando

costas inglesas y francesas y daría ocasión a la flota alemana para realizar una salida afortunada.

De donde se infiere, que el paso de los Dardanelos por las escuadras aliadas debe ser obra de poco tiempo para que revista los caracteres de un éxito; si es necesario recurrir a un cañoneo de muchos días y al empleo de nuevos barcos, es posible que Inglaterra desista de esta operación y lleve su acción a las costas del Asia Menor. Todo depende de lo que hagan los turcos, quienes hasta ahora, justo es decirlo, no despliegan grandes cualidades de previsión y perseverancia.

### III.—La campaña entre el Niemen y el Vístula

La situación que atravesamos en estos momentos es la más interesante de cuantas ha ofrecido la pre-



Pellizas de pieles, usadas por el ejército británico, durante el invierno

bravamente los ataques de los rusos hace tres meses, Amberes, incomparablemente más fuerte, capituló a los ocho días; los fuertes de Verdun han resistido repetidos bombardeos, y Lille y tantas otras plazas fuertes se rindieron sin disparar un tiro. De la conducta que observen los turcos depende que los aliados alcancen sus propósitos o que fracasen en ellos.

Los Dardanelos, tal como está organizada su defensa, pueden resistir mucho tiempo; si no acontece así, culpa será de los otomanos, pero no de los elementos con que cuentan.

Las piezas de gran calibre de los barcos de combate, únicas capaces de destruir las fortificaciones permanentes, no son susceptibles de un tiro ilimitado; al cabo de un número de disparos nunca grande, y variable con cada pieza, quedan inutilizadas y han de ser reemplazadas por otras, labor lenta y delicada. Por manera que si los turcos extreman la resistencia, las unidades aliadas quedarán prácticamente fuera de combate y habrán de ser baja temporal en la lista de la flota de guerra; cabe, es innegable, ir las substituyendo por otras, pero ello disminuiría aun más la potencia de las escuadras que guardan las

sente guerra. No reside su gravedad en las batallas de Przasnysz, ni en el bombardeo de Ossowiecs por cañones de 30,5, ni en los combates de Grodno, ni el avance de los austriacos en la Galizia oriental: el problema se condensa en la futura acción del ejército alemán. Antes, es conveniente reseñar a grandes rasgos lo acontecido en los últimos días.

En el extremo N. de la línea, en el bajo Niemen, no se sabe lo que ocurre: ni rusos ni alemanes dicen nada de las operaciones en aquel sector; se sabe únicamente, por los despachos rusos, que fué señalada la presencia de un regimiento de caballería alemán cerca de Vilna, y que varios destacamentos mixtos, también alemanes, pasaron a la derecha de aquel río, pero sin que se haya dado a conocer su paradero ni si han seguido avanzando o se han replegado. Se lucha sin descanso en la región de Grodno; una tentativa de cruzar el río por los alemanes, realizada en parte, fué contenida a tiempo. La artillería de sitio ha roto el fuego contra los fuertes de Ossowiecs.

En la Polonia del N. dos divisiones alemanas de reserva se apoderaron por asalto de Przasnysz, ciudad abierta, el día 24 de febrero, haciendo diez mil pri-



sioneros, y cogiendo veinte cañones y varias ametralladoras. Este ataque coincidió con la llegada de las masas rusas cuyas vanguardias habían sido ya señaladas hacia Sierpe a principios de febrero; era indudable que en la Polonia septentrional proyectaba ejecutar su ofensiva el gran duque. El 26 de febrero, los rusos desalojaron a los alemanes de aquella ciudad y avanzaron hacia el O., pero en la noche del 26 al 27, un movimiento envolvente ejecutado por el N. permitió a los alemanes rechazar a los rusos y reconquistar la población, de la que se adueñaron definitivamente los moscovitas en la tarde y noche del 27, haciendo 5.400 prisioneros y tomando seis cañones. Como consecuencia del combate, los alemanes se replegaron en las direcciones de Mlava y hacia el SO. La lucha se ha reanudado y continúa con violencia. Estas batallas no son más que episodios sin trascendencia general, como tampoco lo son el sitio de Ossoviets, ni los combates de Grodno. Lo interesante está en saber dónde se encuentra y qué se propone el ejército alemán.

Las noticias de origen ruso, confirmadas en parte por los despachos oficiales de la misma procedencia, declaraban con fecha 26 que los alemanes habían empeñado al comenzar su campaña de febrero de 15 a 18 cuerpos de ejército desde el N. del Vístula al bajo Niemen, o sea en las fronteras de la Prusia oriental, y que de estos cuerpos sólo quedaban en el frente de batalla nueve o diez el día 25, habiendo sido retirados los demás y trasladados a otro punto. Análogamente, la mitad de los refuerzos alemanes enviados a la Bukovina y Galizia oriental no se encontraba ya en aquellas comarcas en la fecha expresada, y marchaba hacia otro punto. Es decir, que aproximadamente la mitad del ejército alemán empeñado en el teatro oriental, luego de rechazar a los rusos en todo el frente, dejaba cortas fuerzas delante del enemigo (repitiéndose la maniobra de la Polonia en el mes de diciembre, en el sector de Varsovia), y trataba de concentrarlas en otro lugar; con la diferencia, esta vez, de que los nuevos movimientos de tropas tenían lugar ahora a partir del mismo día en que se completaba el éxito, sin esperar una hora más, mientras que delante de Varsovia se mantuvo indecisa la situación durante dos semanas. Creen los rusos, o acaso lo dicen sin creerlo, que los alemanes quieren llevar la masa de sus fuerzas a la Polonia central para abrirse paso por Varsovia; posible también es que la nueva ofensiva se desenvuelva en el extremo N. de la línea, el de más importancia estratégica; y tampoco ha de desecharse el punto de vista de la prensa inglesa, que sostiene que aquellas tropas retiradas del frente de batalla están en camino de Francia, para apresurar las operaciones en este teatro.

No tardaremos mucho en saber cuál es el verdadero plan de los alemanes, pero entre tanto, y teniendo en cuenta la llegada de los refuerzos rusos al N. del Vístula, nada tendría de extraño que languidciera de nuevo la campaña y que los alemanes se replegaran poco a poco en todo el frente. La paralización no durará mucho, toda vez que ahora los alemanes obran con más diligencia que en los meses anteriores.

Prente a esta situación problemática, los refuerzos rusos que hace tres semanas se anunciaron en la

Galizia oriental y Bukovina no pueden tardar mucho en entrar en línea, de suerte que nos hallamos en presencia de una ofensiva, preparada de largo tiempo y tardíamente ejecutada, de los moscovitas, en la región al N. del Vístula; otra ofensiva de los mismos rusos, que al parecer no tardará en iniciarse contra la extrema ala derecha de los austro-alemanes; y una maniobra, según todos los indicios, de altos vuelos, que están preparando los alemanes a retaguardia del frente y valiéndose de sus líneas ferroviarias. De aquí la espectación que reina en los cuarteles generales de los aliados ante los acontecimientos que se avecinan, y que parece serán los que inaugurarán la campaña decisiva.

#### IV.—La situación el 5 de marzo

Los ataques de los turcos al canal de Suez tuvieron más importancia de lo que dijeron los despachos británicos, toda vez que el número de bajas de éstos ascendió a varios millares; de suponer es que fueran mayores las del atacante. Este consiguió interceptar temporalmente el canal, pero la interrupción ha quedado casi por completo despejada; los barcos siguen pasando, aunque con precauciones, de suerte que los otomanos no se han acreditado como buenos militares: tuvieron a su disposición largas horas el canal para obstruirlo como se les antojara, y las averías y destrozos que en él causaron fueron insignificantes.

La situación en Francia continúa siendo la misma de hace cinco meses. Ultimamente los alemanes han avanzado en la falda occidental de los Vosgos, en un vasto frente, sin encontrar fuerte resistencia, volviendo a tomar posesión de las avenidas que conducen a Nancy. Como hay varias plazas de guerra que cieran el paso por esta parte, no es de creer que tenga consecuencias el avance mencionado.

En el Cáucaso los combates prosiguen, sin que los beligerantes tengan decidido empeño en ejecutar operaciones serias; la época es verdad que no se presta a ellas.

Para contrarestar el avance de los austriacos en la parte de Stanislau, los rusos atacan a lo largo de las vertientes orientales de los Cárpatos meridionales, amenazando de flanco el avance enemigo. La decisión de la campaña no se encuentra en este teatro, donde los austro-húngaros solo persiguen limpiar la Galizia de enemigos, y los rusos desean tener amenazada la Hungría para inutilizar a sus enemigos de concurrir en las operaciones, de más alcance, que ejecuta al ejército alemán, o de reempezar la invasión de Serbia.

Prosiguen las operaciones de las flotas aliadas, reforzadas con algunas otras unidades, en los Dardanelos. Todavía no se ha llegado a batir con fuegos directos los fuertes y defensa del estrecho, aunque la división francesa los ha cañoneado de revés, con poco éxito, desde el golfo de Saros. Los aviones prestan buenos servicios a los aliados, dándoles a conocer la situación de las obras de defensa, y es extraño que los turcos no empleen sus aeroplanos, que tan excelentes servicios pueden prestar así que las escuadras enemigas se internen en los Dardanelos.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

5 marzo 1915.